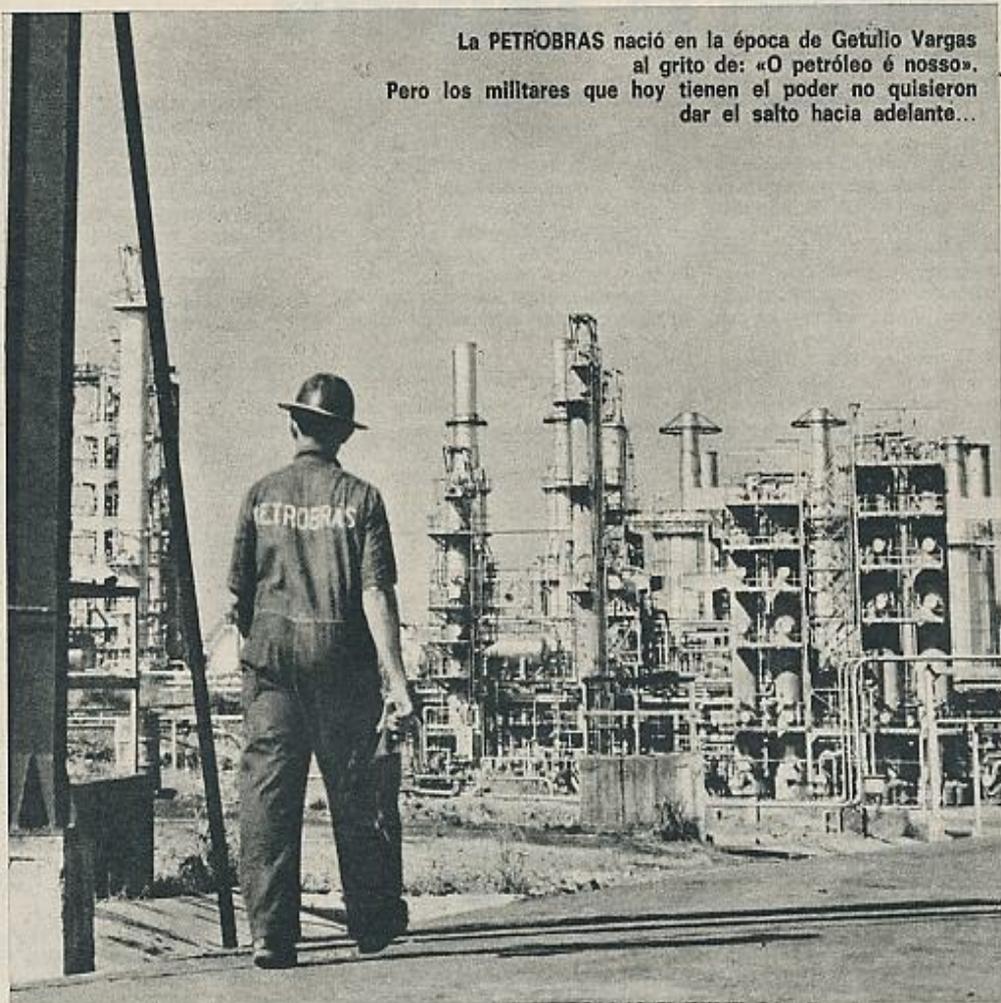


La PETROBRAS nació en la época de Getúlio Vargas al grito de: «O petróleo é nosso». Pero los militares que hoy tienen el poder no quisieron dar el salto hacia adelante...



multiplicar por cuatro la capacidad de producción de la fábrica de polietileno que compró a la Nova Bakol, de San Pablo, el año pasado.

La Phillips Petroleum ha recibido su parte en la empresa Ultrafertil, que produce una tonelada de fertilizantes por minuto y es el mayor complejo industrial de América Latina en su género. Para dar nacimiento a este conjunto de fábricas, la Phillips contó con decisivos aportes de la Alianza para el Progreso y el Banco Mundial, en 1966. La Union Carbide no se ha quedado atrás. Produce en el Brasil acetileno, benceno y resinas plásticas.

EL ESTADO DE CARNE Y HUESO

En 1967, Petrobrás creó una empresa destinada a la indus-

tria petroquímica. Para entonces ya había perdido el monopolio del negocio y la Petroquisa nació para la servidumbre. En el Decreto correspondiente se estableció «la posibilidad de asociarse con otras empresas en posición de accionista minoritario».

En realidad, la participación de una empresa en el patrimonio de otra no tiene una relación directa con su capacidad de influencia. Un grupo económico puede resultar dominante dentro de una empresa, aunque disponga de una proporción minoritaria de acciones, si tiene en sus manos la tecnología o, pongamos por caso, si tiene la posibilidad de abrir y cerrar el grifo de las finanzas. El poder del grupo Rockefeller dentro de la Unipar, por ejemplo, es mucho mayor de lo que a primera vista indica su 33 por 100 de acciones. Y lo mismo cabe decir de las demás empresas.

¿Y la participación del Estado? Es útil para la propaganda; hace posible el «nuevo estilo» de las corporaciones imperialistas, que ahora operan disfrazadas para evitar la irritación que provoca su actuación abierta. Porque, además, el Estado está administrado por hombres de carne y hueso, que hoy son ministros del país y mañana amanecen convertidos en presidentes o directores de las empresas extranjeras.

Petroquisa, la empresa de Petrobrás, empresa del Estado, se ha asociado con la Unipar. Es, claro está, una socia «menor», entre muchos otros socios extranjeros. La Unipar integra un gran «conglomerado» que no sólo abarca empresas industriales, sino que también incluye una inmensa rama financiera. El «comandante en jefe» del grupo financiero, llamado Big-Uninvest, es Roberto

Campos. Campos, Zar económico del Brasil en los tiempos de Castelo Branco y pieza clave del Fondo Monetario Internacional, no ha perdido la costumbre de jugar con las palabras. Los japoneses llaman *zaibatsu* a una organización que comprenda empresas financieras e industriales, pero a Campos, la palabra le quedó corta. Inventó, para definir a su «conglomerado», una palabra nueva: es un *calpiratsu*, dijo. Campos preside la vertiente financiera del *calpiratsu*, que, en conjunto (con la vertiente industrial) suma recursos por la astronómica cantidad de 1.700 millones de dólares. Según Campos, la petroquímica es como un árbol. El tronco es la Petroquímica Uniao, que produce el etileno, la materia prima, a partir de la nafta. Las ramas —otras empresas: Carbocloro, Copamo, Brasivil, Poliolefinas, Tetramero, Hulsbrasil— procesan la materia prima, y así se llega a las hojas, las empresas que producen, en base a los plásticos, fibras o caucho sintético.

El *calpiratsu* de Roberto Campos cuenta, entre sus directores, con Mario Trindade. Trindade era presidente del todopoderoso Banco Nacional da Habitação, y casualmente un alto técnico de la Unipar, Michel Hartveld, acaba de declarar que el Banco Nacional da Habitação, que es del Estado y que se nutre de los aportes de los trabajadores, será un excelente cliente del nuevo «conglomerado» petroquímico.

Pero estos no son los únicos casos. En el Brasil, la función de gobierno constituye ahora un umbral que comunica con las salas de los directorios de las grandes corporaciones extranjeras.

El presidente actual de la Dow Chemical en el Brasil es el general Golbery da Couto e Silva, que encabezó el Servicio Nacional de Informaciones, una especie de CIA brasileña, en los tiempos de Castelo Branco. ¿Qué sería de las firmas norteamericanas sin el aporte de la sabiduría de los gobernantes jubilados? El presidente de la Union Carbide es Paulo Egidio, que antes era ministro de Industria y Comercio.

La petroquímica dispone, como se ve, de un buen elenco de patriotas. ■ EDUARDO GALEANO (P. L.).